

# Reseñas de libros

---

*Nos fuimos quedando en silencio.  
La agonía del Chile de la transición.*

Daniel Mansuy,  
Instituto de estudios de la sociedad,  
Santiago de Chile, 2016.  
(ISBN: 978-956-8639-28-3)

---

El punto de partida de este libro del joven politólogo chileno Daniel Mansuy es el hecho de que Chile está en crisis, algo no siempre evidente para quienes observamos a ese país desde afuera. Más específicamente, según el autor, el régimen político chileno, nacido de la dictadura y continuado luego en la transición, a pesar de que “en apariencia” luce “próspero y ordenado” está en la actualidad bajo “fuego intenso” de críticas y propuestas reformistas. (p.20) A esta afirmación, presente a lo largo del texto, le sigue la no menos compleja aseveración de que no está clara la naturaleza de dicha crisis. “En otros términos —escribe el autor— todavía no hay siquiera un principio de acuerdo sobre el diagnóstico de nuestra enfermedad, que es la condición indispensable para sugerir (con un mínimo de rigor) cualquier tipo de tratamiento.” (p.13) Aunque Mansuy admite la multiplicidad de interpretaciones existentes, no pretende instalarse en el territorio cómodo de la neutralidad. Por el contrario, propone desarrollar en este libro un análisis de la crisis chilena en el terreno mismo de la política aunque no vista desde un ángulo partidario sino desde la presentación, reflexión y crítica de los conceptos y opiniones que han dominado hasta ahora la discusión.

Luego de esta introducción el libro aborda el problema de la crisis chilena actual

desde un punto de vista histórico. En opinión de Mansuy, dicha crisis tiene como centro el cuestionamiento a un modelo político-económico y social con un origen temporal muy concreto: el modelo surgido del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. De acuerdo con Mansuy, a pesar de que la situación del Chile contemporáneo tiene antecedentes en los doscientos años de historia de ese país, el 11 de septiembre marcó un verdadero cambio epocal que modificó radicalmente las bases de su funcionamiento institucional y económico-social. El autor atribuye el diseño intelectual y político del modelo a Jaime Guzmán, una figura que al paso de los años parece agigantarse cada vez más. Este abogado, en aquel entonces de apenas 27 años, fue quien convenció a la Junta militar chilena sobre la necesidad de convertir lo que en un principio iba a ser un golpe de Estado tradicional, entendido como un más o menos breve interregno “ordenador” entre dos gobiernos constitucionales, en una larga dictadura encargada de refundar política, económica y socialmente el país. Por lo demás, entiende Mansuy, el corazón del programa guzmaniano de refundación nacional estuvo basado en la ruptura drástica con el pasado económico —reemplazándose el anterior sistema más o menos estatista por uno radicalmente liberal basado en la introducción generalizada de mecanismos de mercado a todos los ámbitos de la vida social— y el pasado político —substituyéndose la democracia mayoritaria por una democracia “protegida o limitada por elementos de clara inspiración no democrática” (p. 44).

“La cuestión que exige una explicación —se pregunta Mansuy— es por qué ese esquema

articulado por Jaime Guzmán fue conservado una vez terminado el régimen militar, cuando la centroizquierda logró conquistar el poder” (p.49). Ciertamente el motivo fáctico inmediato fue el andamiaje institucional creado por el mismo régimen que dejó todo “bien amarrado”. Sin embargo, Mansuy muestra con gran agudeza la forma gradual en que, primero los opositores al régimen, y luego, los sucesivos gobiernos de la transición fueron aceptando las reglas de juego impuestas y heredadas de la dictadura. Empezando por motivos de erróneo cálculo político —bajo la creencia en que un aval a la Constitución pinochetista facilitaría un fin rápido y pacífico de la dictadura— y más tarde por razones de incómoda conveniencia por los evidentes logros que había proporcionado el modelo, los gobiernos de la Concertación “se fueron quedando en silencio, se fueron acomodando a una realidad que, al final, no parecía tan molesta” (p.70).

Sin embargo, y dado que, según Mansuy, “ninguna política puede estar fundada en el silencio”, las movilizaciones estudiantiles de 2011 emergieron como un estallido de todas las contradicciones y conflictos reprimidos hasta entonces. Interpretadas psico-socialmente, las movilizaciones ocurridas durante el gobierno de Sebastián Piñera, primer representante de la derecha en gobernar el país luego de cuatro gobiernos sucesivos de la Concertación, fueron en realidad, el modo en que la Concertación arrojó sobre el gobierno de Piñera “toda la rabia acumulada contra sí misma”, “contra su propia aceptación silenciosa” (p.71). En tal sentido, el 2011 marcó para Chile, según el autor, una ruptura de los consensos político y económico alrededor de la Constitución pinochetista-guzmaniana y abrió un gran interrogante acerca del futuro institucional y económico del país.

Ante la mencionada ruptura de consensos, Mansuy describe y analiza a continuación una de las propuestas alternativas más conocidas presentada en los últimos años en el debate público chileno. Se trata del “Nuevo Régimen de lo Público” defendido por el académico y político Fernando Atria. En la interpretación de Atria ensayada por Mansuy, dicho régimen debería sobrevenir en Chile como el resultado

necesario del estadio de evolución histórica que marcaría el fin del neoliberalismo. Este último, caracterizado por una organización institucional basada en la competencia entre los intereses individuales protegida y fomentada por un Estado políticamente ausente debería ser sucedido por un orden institucional basado en el Estado como representante fundamental del bien público y garante de los derechos ya no meramente individuales sino sociales. Para lograr este objetivo, la propuesta de Atria incluiría la “desprivatización” del Estado y, especialmente en el ámbito de la educación, también de las propias instituciones privadas —sometidas actualmente según Atria a un régimen de propiedad privada al servicio exclusivo de la ganancia— y su gradual sustitución por instituciones preferentemente estatales al servicio del bien público del país.

Frente a la propuesta de Atria, presentada en el libro como uno de los extremos de las propuestas alternativas actualmente discutidas en Chile, Mansuy presenta serias objeciones. En primer lugar, critica la para él dudosa y nada fundamentada filosofía de la historia implícita en la propuesta de Atria, que con pretensiones proféticas y mesiánicas, llevaría a la sociedad en la dirección del “régimen de lo público.” En segundo lugar, objeta sus críticas al mercado y al ámbito privado, entendidos siempre como instrumentos del egoísmo individual. Si bien Mansuy critica duramente posturas como las de Axel Kaiser —un intelectual público de mucho éxito hoy en Chile quien siguiendo a Hayek, considera que la lógica del mercado no supone nunca ningún efecto perverso— tampoco comparte el supuesto dogmático que hace equivaler siempre lo privado y lo mercantil con la búsqueda ilimitada del interés individual. En tercer lugar, Mansuy critica la, en su opinión, contradictoria estrategia de Atria de pensar que la salida del régimen neoliberal debe ser realizada mediante una “pedagogía lenta”, utilizando la propensión al autointerés existente en los individuos que él mismo critica. “¿Estamos seguros que la pedagogía lenta —se pregunta Mansuy— generará un mundo mejor y que el remedio no resultará peor que la enfermedad?” (p. 80)

En el capítulo titulado “Más allá del

individualismo”, Mansuy ensaya también una crítica del otro extremo del cuadrante político en el que ve también serios problemas conceptuales. Calificándola con el rótulo de “derecha economicista”, el autor identifica esta postura con la convicción de que “la desigualdad no constituye un problema” (p. 132) y que lo realmente “prioritario —o más bien lo único importante— sería atender la pobreza y la miseria” (p.133). De acuerdo con Mansuy, esta posición tiene como supuesto una idea de sociedad entendida como “masa de consumidores que se segmentan en un mercado según su nivel de ingresos” (p. 133). Pero en realidad, ignora el hecho de que si las desigualdades son percibidas como injustas es evidente que el modelo económico pierde buena parte de su legitimidad. “Negar que esto constituya un problema objetivo revela simplemente un desconocimiento de la condición política del hombre” (p. 134)

Ahora bien, “¿dónde reside la raíz de esta ceguera intelectual?” se pregunta Mansuy. En opinión del autor, su causa fundamental está en que “la categoría económica se vuelve dominante y hegemónica” y se pierden de vista “porciones enormes del fenómeno humano” (p.135). Por la misma razón a esta derecha “le cuesta captar todos los aspectos de la realidad que no son directamente procesables por el mercado” (pp.135-136). Esta postura es vinculada finalmente por Mansuy con una forma estrecha de liberalismo político que ha elevado a la categoría de principio sagrado la distinción entre libertad negativa y libertad positiva a la que el mismo Berlin —a quien se debe la distinción— ponía límites y matices. Por lo demás, Mansuy encuentra en la idea del mercado como instrumento central para la organización social, un punto de encuentro de la nueva izquierda progresista —representada por Atria— y la derecha economicista, en la medida en que ambos lo ven —aunque con modos e instancias diferentes— como un instrumento liberador (p. 145).

Finalmente, en el capítulo final del libro Mansuy presenta de modo más explícito su propia posición partiendo de una discusión más amplia sobre el concepto de “modernización” para aplicarlo luego a la situación de Chile. En

su opinión, existe, por un lado, una posición antimoderna, la cual está “carente de toda operatividad política” ya que ignora el hecho central e indefectible de los procesos de diferenciación funcional —en los que incluye tanto al mercado como al Estado— que desde Adam Smith hasta Luhmann han caracterizado las descripciones de la sociedad moderna. Pero tampoco van bien encaminadas la izquierda clásica y la izquierda progresista que critican la modernización desde una filosofía de la historia que es, según él, más el producto de una fe que de un análisis racional. Mansuy critica también, en tercer término, las posturas de los “complacientes” —entre los que sitúa como autores inspiradores a Constant y a Hayek— que están “ciegos frente a las tensiones o dificultades producidas por la modernización”. Mansuy mismo propone como cuarta alternativa —tomando a Tocqueville como autor de referencia— la aceptación del proceso de modernización pero, al mismo tiempo la necesidad de introducir críticas y cambios propositivos que permitan corregirla y enriquecerla con nuevas formas de sentido. Aplicado al caso chileno este último punto de vista requeriría, según Mansuy, formular nuevas preguntas hasta ahora más o menos ausentes en el debate público: “¿Hasta dónde queremos que llegue el mercado?”, “¿Dónde funciona bien y dónde menos bien?”, “¿Qué límites ha de tener?” Al mismo tiempo exigiría recrear en el país de modo mucho más decidido la dimensión política —en el sentido de deliberación racional y pública de las cuestiones esenciales de la vida en común— para dar cuenta del “fenómeno humano” en toda su amplitud. Esto implicaría, en opinión de Mansuy, ir más allá de las políticas orientadas ya sea al mercado ya sea al Estado, incluyendo en el debate público cuestiones morales, familiares y comunitarias dejadas de lado hasta ahora en Chile por las diferentes modernidades en pugna. En una palabra, sintetiza Mansuy, “hay que volver a formular la interrogante que planteara Bernardo Subercaseaux: ¿qué modernidad queremos?” (p. 164).

El libro de Mansuy constituye en este sentido, especialmente a la vista de un lector no chileno, una importante novedad dada la relativa

sorpresa que produce el alto nivel de preocupación existente en torno a la crisis “constitucional” entre los intelectuales de aquel país. Pero también constituye una novedad el punto de vista original del autor que va más allá de la consabida oposición entre liberales y socialdemócratas o progresistas de izquierda, apelando a un tipo de reflexión basada en los fundamentos filosóficos y éticos de la economía y la política. Mansuy ensaya así, a mi entender, con éxito una crítica eficaz de las posturas que tienden a ignorar esta dimensión ya sea desde un economicismo tecnocrático, ya sea desde un nuevo progresismo político. Especialmente este último, intentando reemplazar el modelo institucional y económico neoliberal y habiendo renunciado a la vez hace tiempo a los ideales radicales o revolucionarios, termina por proponer, según

Mansuy, un nuevo tipo de hegemonía modernista que asume muchos de los rasgos de sus pretendidos adversarios. La opción que propone el mismo Mansuy, que alguien podría calificar de liberal-conservadora o incluso de comunitarista, presenta sin embargo los rasgos de una original filosofía política humanista y personalista, equilibrada en su visión de las relaciones entre libertad y comunidad, y moderadamente moderna. Cabe preguntarse si el camino que propone este libro desde el ámbito académico podrá encontrar en Chile una traducción institucional y política, especialmente si se toma en cuenta la etapa de turbulencias que parece anunciarse en el país trasandino.

*Carlos Hoewel*  
*carlos\_hoewel@uca.edu.ar*